

Cuarta parte
Testimonios





Historia, memoria y género: testimonios de militancia

Andrea Andújar

Este panel reunió a cuatro mujeres militantes pertenecientes a distintas agrupaciones y partidos políticos. La mayoría de ellas comenzó su actividad política en la segunda mitad de la década de 1960. El objetivo del mismo, para cuya convocatoria fue indispensable la participación de Ana González,¹ fue gestar un espacio de reflexión y debate sobre el proceso histórico analizado en estas jornadas, a partir del relato de las experiencias políticas pasadas de algunas de sus protagonistas.

Lo que sigue, entonces, es una transcripción de las exposiciones realizadas por Susana Sanz, Graciela Tejero Coni, Graciela Zaldúa y Mabel Grimberg.

Susana Sanz

Buenos días a todas. Estoy acá, sentada frente a ustedes, ante la responsabilidad de poder representar parte de lo que fue una lucha por la transformación de este país que se dio en los años '70 pero que, en mi caso, tiene sus orígenes también en los años '60, por un lado.

Por el otro, estoy acá por sentir la obligación ineludible de poder transmitir aunque sea desde mi experiencia particular, de manera parcial, las vivencias, las creencias, los anhelos, los deseos –a veces más explícitos, otras implícitos–, la alegría, el compromiso, el amor y la entrega que teníamos las mujeres militantes en los años '70.

Esta generación de los '70 somos hijos e hijas de un país que encontramos bastante disgregado entre ricos y pobres, excluidos e incluidos, poderosos y marginados. Y eso nos llevó inexorablemente a hacer una elección que, por otro lado, creo que es la misma elección que todos tenemos que hacer hoy en día porque de manera fundamental no han cambiado las circunstancias que motivaron esa lucha de los años '70.

Somos hijos también de una tradición cultural y de una historia que había llevado al campo popular a una especie de *impasse* con respecto a los sectores que detentaban el poder en nuestro país y donde se veía como muy limitado y casi imposible que se pudiera dar una salida favorable por la liberación nacional y social a través de lo que era la política tradicional. Y en medio de esta situación de desestructuración social, política y económica aparecen dos fenómenos simultáneos que se vienen gestando y profundizando. Por un lado, la noción de la violencia armada como forma de resolución del conflicto. Por otro lado, una fuerte utopía en la creencia de que realmente vamos a poder transformar esa realidad.

A veces creo que cuando se analizan los años '70, lo de la lucha armada o lo de la violencia armada es como el árbol que no deja ver el bosque, donde se mueve todo un conjunto de activistas sociales, políticos, que se va sumando a un grupo primero, pequeño, limitado, que son los combatientes –por ejemplo, en el caso de *Montoneros* que es un grupo de combatientes que hacen su irrupción pública con la muerte de Aramburu–. Lo que ocurre es que vienen a llenar un vacío de respuestas. Y a este grupo incipiente de combatientes se suman multitud de mujeres y hombres que están buscando realmente la posibilidad de una salida para nuestro país. Y cada uno y cada una llevan la experiencia, su práctica, sus teorías y se van sumando en un conjunto. Por ejemplo en mi caso particular, yo soy una militante social. Empiezo mi militancia en la universidad en los años '60, ya con los famosos enfrentamientos entre laicos y libres, la entrega del petróleo, toda una serie de cuestiones en las que las mujeres éramos en ese momento una porción bastante pequeña pero que nos hacía

participar a muchas de nosotras en estas luchas. Luego yo me recibo de abogada, me voy a mi pueblo –que es del interior del país–, y decido que voy a trabajar en laboral.

Mi vocación para estudiar derecho había sido ocuparme de la problemática de los niños y de las niñas. Yo veía a los niños desamparados que estaban en los asilos. Entonces desde muy pequeña yo repetía que me quería dedicar a ser abogada para esto. En la facultad y ya puesta más en contacto con la política, me di cuenta de que esto no era la salida –ser juez de menores–, sino que además había que encontrar otros caminos. Y en este recorrido llegué también a la conclusión de que había otras instancias, otras cuestiones desde donde nosotros podíamos luchar. Y así me dedico prioritariamente al derecho laboral. Paso a ser abogada laboralista. Siendo abogada laboralista tomo contacto con los sectores sindicales y obreros que vienen desde la resistencia y con una clara identidad peronista.

También *Montoneros* una de las riquezas que tiene en su capacidad de movilización de masas, es esa articulación con el movimiento peronista que viene luchando y pidiendo reivindicaciones desde el año '55 y que se encuentra excluido de una participación política en el país, y con el símbolo tremendo que significa la figura de Eva Perón. Nuestra generación se dedica a su reivindicación y buscamos e interpretamos hasta la última palabra, los dichos de ella y demás. Entonces, dentro de este significado de Eva Perón creo que para las mujeres que nos conectamos más directamente con este movimiento, se nos abren una tradición y una cultura de participación. Hay una real participación de las mujeres en el peronismo. Hay una participación en las cámaras; se crea un partido femenino peronista. Y existe en los barrios esta práctica de lo que nosotros llamábamos “las cocinas peronistas de la resistencia” donde en todos los hogares humildes, los lugares de reunión, de discusión, de organización de los planes de lucha se armaba alrededor de estas cocinas donde estaba la compañera del barrio que facilitaba este encuentro. Entonces yo creo que esto es muy importante y marca mucho lo que es nuestra actividad y las posibilidades que después se nos van presentando.

Además de la propuesta político-militar de la organización como combatientes –porque si nosotros analizamos históricamente no podemos decir que hayan sido unas luchas tan relevantes ni operaciones tan famosas ni extraordinarias– creo que el principal éxito de *Montoneros* es esta articulación a nivel popular y social que tiene con las masas. Aparte de esto, aparecen formas nuevas de hacer política como el trabajo en los frentes, los ámbitos de participación y de discusión internamente –donde los militantes ya encuadrados discuten la política–, la movilización como una herramienta continua de hacer conocer las reivindicaciones. Todo esto da una gran riqueza a esta articulación con la gente en los barrios, donde nosotros llevamos nuestro mensaje y a su vez recogemos a veces muchísimo más que lo que llevamos.

Aparece así la creación de la *Agrupación Evita* como un frente de masas más, destinado al trabajo con las mujeres. Creo que lo que llegó a ser la *Agrupación Evita*, de la cual yo participaba de la conducción nacional representando a la Regional Cuyo, exhibió el propósito, en el planteo de su creación, de ser una respuesta a la creación de los distintos frentes que tenía el peronismo: la parte gremial, la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), o la parte de juventud –la Juventud Peronista (JP)–. La *Agrupación Evita* aparece como frente a lo que era conocido como la Rama Femenina del Peronismo.

Pero lo que ocurre fue muy curioso y esto lo puedo contar también como experiencia mía personal. Cuando yo estaba en frentes más políticos, de más actuación, de agrupar gente de trabajo en los barrios, con los compañeros, tenía una herramienta muy importante que era ser abogada. Entonces yo tenía gran conexión con el sector sindical, con la parte obrera y con la gente en los barrios para los cuales yo era un referente al que podían recurrir en montones de situaciones y podían ser escuchados y atendidos. Entonces cuando me dicen que pase a la *Agrupación Evita*, yo les confieso que en un primer momento lo sentí como una desvalorización de mi papel de militante. ¿Por qué me mandan a trabajar con las mujeres? Esto me llevó una

gran reflexión. Fui a mi casa, reflexioné y entonces le fui encontrando –en un trabajo solitario mío en ese momento– la importancia que tenía el trabajo con las mujeres. Porque yo veía en el ejercicio de mi profesión cómo era el compromiso de las mujeres. A veces cómo costaba y demoraba más dar el “sí”, pero cuando daban el “sí” el compromiso era mucho mayor para sostener una lucha. ¿Qué significaban las mujeres como un frente interno al lado de los dirigentes sindicales, cuando había propuestas de lucha importantes? Entonces yo dije: para trabajar en esto yo tengo que estar contenta con mi condición de mujer y tengo que querer a las mujeres. Y no me manden a ninguna compañera que no sienta de esta manera porque es inútil.

Y así comenzamos todo un trabajo muy interesante y la *Agrupación Evita* fue una experiencia colectiva de crecimiento colectivo, de conocernos y reconocernos, de discutir entre nosotras, con las compañeras de los barrios, los problemas que iban surgiendo como madres, como esposas, como militantes, como trabajadoras. Fuimos viendo que teníamos reivindicaciones. ¿Y cómo no ver nosotras como mujeres que teníamos estas reivindicaciones y no tomar conciencia de esta discriminación en medio de un proceso que hablaba de cambio, de transformación, de igualdad? Yo creo que las mujeres vamos reconociendo nuestra discriminación dentro de contextos socio-económicos y culturales más amplios y dentro de estos procesos vitales. Ineludiblemente teníamos que llegar a cuestionar una serie de aspectos que nos limitaban como mujeres en cuanto a nuestra militancia. Y fuimos acordando y discutiendo una nueva visión de ser mujer y de ser militante. Esto a nivel de los barrios.

Después, cuando nos juntábamos con las compañeras a nivel nacional, quiero también aclarar y ser honesta al decir que no todas las compañeras lo veíamos de la misma manera. Para muchas compañeras era ese frente de trabajo como podría haber sido el de la JP o el de la JTP. Exactamente igual. Era un lugar donde se militaba. En cambio otras compañeras fuimos viéndole la vuelta, discutiendo y encontrando la importancia de este trabajo con las mujeres porque

después lo veíamos efectivamente en este trabajo en los barrios. Las compañeras que antes, en las reuniones conjuntas, no se atrevían a opinar, después eran capaces de hablar en público –cosa que era muy costosa en esa época–. Todavía sigue siendo dificultoso, pero en esa época era mucho más. A las compañeras de los barrios les costaba. En cambio, podían organizar tareas, propuestas; exigían un nuevo reconocimiento como seres humanos por parte de sus parejas; cuestionaban a sus compañeros por una serie de cuestiones que eran tomadas como naturales con anterioridad, como la violencia, la infidelidad, la vagancia, el trabajo a cargo de ellas, por ejemplo. Fue realmente una práctica riquísima que lamentablemente, por supuesto incipiente, fue quedando inconclusa. Y esto es lo que quiero rescatar yo también de estas jornadas como algo muy importante y que tendió a sesgar la junta militar con nuestra derrota pero que después fue de alguna manera apoyada con una conceptualización cómplice como fue la teoría de los dos demonios. Quedamos equiparados los militantes del campo popular con nuestros represores. Yo misma pasé la violencia de ser indultada: treinta y tres personas frente a trescientos cincuenta militares. Eso fue un sentimiento, un dolor, un atropello de una violencia tremenda. Por un lado sentí “bueno, puedo volver a mi país, estoy indultada”. Pero por otro lado, la injusticia y la maquinación que se había hecho, la instrumentación perversa que se había hecho con esta conceptualización de la teoría de los dos demonios, impidió, hizo una ruptura generacional que de ninguna manera permitió que nosotros pudiéramos transmitir nuestras experiencias con nuestros errores, con nuestros aciertos y que ahora veo que se están recuperando. Aparecen estas líneas de contacto. Yo me encuentro con muchas compañeras que están en la militancia social, con las cuales nos juntamos, hablamos y vemos que por fin, aunque en un proceso tan largo como el que nos va llevar el poder transformar nuestro país con libertad, con justicia, con igualdad, es fundamental esta línea histórica y la continuidad entre las distintas luchas que se han hecho en nuestro país.

También quisiera hacer alguna referencia a cómo eran las relaciones al interior de los cuadros de la organización. Yo pasé a la

clandestinidad porque si no me mataban. No era mi función ser un cuadro clandestino. Y esto a mí me llevó a tener que dejar a mis hijas, a mi familia y entrar en una situación completamente diferente de la mayoría de las compañeras que también estaban haciendo un aprendizaje diferente. Yo rescataría que en medio de toda la discriminación y toda la actitud de subordinación que en general tenían las mujeres en la sociedad, a nivel orgánico, interiormente, había un grado altísimo de igualdad y de responsabilidad entre los compañeros y las compañeras. Incluso en cuanto a las tareas, el cuidado de los hijos, el cumplimiento de determinadas funciones. A mí me extraña lo que se decía esta mañana² en cuanto a que el compañero militante buscaba una compañera no militante. Eso no creo que haya sido en la mayoría de los casos. La práctica continua, el estar juntos, el luchar juntos, el tener un proyecto de vida juntos, de vida y de muerte que podía ser, unía muchísimo a las parejas. No sé cómo habrá sido este proceso en otros casos. Pero en el caso de lo que yo he visto no fue así. Y para las mujeres creo que esto también significó un punto de inflexión en el sentido y los mandatos de la maternidad que traíamos las mujeres. Y creo que los hijos eran llevados y traídos, participaban, pero no se los sentía como una obligación ni como un impedimento para realmente poder llevar adelante el compromiso que se había asumido.

Y también señalaría como otro aspecto fundamental de esa época que las mujeres adquirimos este sentido de trascendencia donde la muerte posible de nosotras significaba trascender. Pero trascender positivamente. Nos sentíamos parte de una voluntad colectiva que iba a formar como una sinergia que finalmente iba a colaborar, iba a ayudar, iba a ser pasos para adelante en el triunfo del conjunto. Eramos evidentemente muy optimistas porque sin optimismo, sin amor, sin solidaridad, era muy difícil que pudiéramos nosotros asumir esta contradicción entre vida y muerte y tomarlo como posible.

Además nuestros hijos eran hijos de todos los compañeros. Todos los sentíamos hijos. Y en última instancia mis hijas, que se quedaron

sin su madre durante bastante tiempo hasta que yo me pude volver a juntar con ellas, sufrían sí. Pero eran parte de la posibilidad de que miles de otros niños y niñas pudieran realmente tener un futuro mejor, que pudieran gozar de las cosas que ellos gozaban, y pudiera haber una transformación real de la sociedad en su conjunto. Entonces todo lo individual pasaba a ser también político. Y todas nuestras acciones se englobaban dentro de un conjunto que iba a permitir una transformación para todos y todas. Muchas gracias.

Graciela Tejero Coni

Me presento, entonces. Yo soy Graciela Tejero Coni; milité durante la década del '70 y hasta el día de hoy en el *Partido Comunista Revolucionario*. Antes que nada quiero agradecer a las compañeras del IIEGE esta actividad y la convocatoria que nos hizo para esta mesa Ana González. Creo que es muy importante conocer la historia de los años '70 porque nos da la oportunidad de repensar la actualidad, por la vigencia de los debates, fundamentalmente en relación con entender las expresiones políticas que tiene la disputa inter-imperialista en nuestro país. Y por otro lado, por el gran avance de las mujeres en estos veinticinco o treinta años, pese al retroceso general –parecería una paradoja– que el conjunto del pueblo ha sufrido. Y entiendo que para hablar de lo reciente, expresión de ese avance, ha sido el Encuentro Nacional de Mujeres en Mendoza porque finalmente les hicimos otro encuentro. Esto por un lado.

Por otro lado, me preguntaba recién la compañera qué actividades académicas hacía yo y se me hizo una contradicción porque en general me toca hablar en espacios académicos y hablo como política. Y entonces soy criticada. Hoy estoy invitada a un espacio académico para hablar como política por lo cual me ha costado un esfuerzo de ubicación.

Primeramente voy a hablar desde una posición que tomé muy tempranamente. Yo voy a hacer un recorte entre el '67 y el '77, no

porque la década del '70 se recorte allí sino porque como me han pedido una comunicación testimonial, han sido los años más importantes de mi vida. Y al mismo tiempo entiendo que son matrices de muchos de los temas de la vigencia de hoy a la que me refería recién.

La posición es desde las y los oprimidos. El punto de vista que agregó me pareció un tanto ausente en las ponencias del día de ayer, es la lucha de clases. Y el método es el marxista porque entiendo que también para el tema femenino o de la problemática –entre comillas– de la mujer, el marxismo ha tenido mucho para aportarnos y lo sigue haciendo. La metodología del desarrollo de lo que voy a decir es tratar en paralelo de hablar desde la práctica que, entre otras cosas, permitió la emergencia de la categoría de género como categoría analítica desde el punto de vista epistemológico. Pero que tiene en sus pies enormes sufrimientos de estas millones de mujeres a las que hago referencia y, en particular para que recién a fines de los '70 y comienzos de los '80, las argentinas pudiéramos tomarlo. No es un problema pedagógico, es un problema dialéctico de práctica y teoría. Por lo tanto, desde mi práctica personal y desde mi práctica política, esto estuvo signado por rupturas que fueron transformándose y transformando la realidad de una en otra.

En el '67 rompimos con el *Partido Comunista* en Argentina. Era un proceso largo que venía siendo procesado desde años anteriores, donde se ponía en cuestionamiento el verdadero carácter revolucionario de ese partido. Y esa ruptura estuvo signada por dos hechos fundamentales. Uno fue el asesinato del "Che" en Bolivia. El otro, la entrada de los tanques rusos a Checoslovaquia. Esos dos hechos marcaron definitivamente esa ruptura que en el inicio había empezado solamente como un *Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria* dentro de la juventud, suponiendo que era una simple lucha interna dentro del partido. Pero la práctica demostró que en realidad había un cambio de calidad en este abandono del camino revolucionario del *Partido Comunista* (PC) en Argentina por "seguidismo" al *Partido Comunista* de la Unión Soviética. Y esto marcó durante toda la década

del '70, y aún hoy, nuestra línea política en relación a entender que desde el año '57 y particularmente después con el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, se había restaurado el capitalismo en la Unión Soviética. Y esto estuvo signado después en el año '64 cuando Mao Tse Tung, incluso, en los principios de la revolución cultural, caracterizó a la Unión Soviética como social-imperialismo: socialismo de palabra, imperialismo en los hechos. Esto marcó de alguna manera la ruptura que a partir del año '69 se había dado entre la Unión Soviética y China que había incidido en la lucha interna de lo que después sería el *Partido Comunista Revolucionario* (PCR) a partir del año '68.

En lo personal, entre el '67 y el '68 yo tenía 14 años. El mundo estaba convulsionado. Yo estaba en la escuela secundaria y fui la primera secundaria del *Partido Comunista Revolucionario*. No teníamos juventud en esa época. Todo el partido era la juventud porque venía de romper con la *Federación Juvenil Comunista* (FJC) y de otros afluentes. Pero yo era la más chiquita. Y desde ya tenía una inmensa confusión ideológica y teórica porque no había tenido tiempo. Pero el mundo estaba convulsionado y yo no me quería quedar fuera. Tenía una matriz familiar muy tradicional. Por lo tanto, estas rupturas en política tuvieron su correlato en mis rupturas familiares y personales, que después se fueron recomponiendo. Hace ya varios años que viajo con mi madre al Encuentro Nacional de Mujeres. Mi madre, mis hermanas, mis sobrinas. Pero en ese momento fue muy duro y se expresaron fundamentalmente en la ruptura con determinados preceptos religiosos y una práctica que –las que tienen mi edad se acordarán-, tenía que ver con las relaciones –entre comillas- pre-matrimoniales. ¡¡Qué debate!!! Por lo tanto, esos catorce o quince años, en el marco de esta lucha política... cuando me preguntan quién soy, yo digo que soy hija del *Cordobazo*.

En la escuela secundaria yo estudiaba en el Normal 4. Y allí usábamos, con la caída de los compañeros en Corrientes, las cintitas negras sobre el guardapolvo. Y armábamos terribles bochinches. La Directora era nada menos que la Señora de Cogorno. Armamos un

cuerpo de delegados fenomenal. Se hacían reuniones por fuera de la escuela y allí conocí la estructura del PCR y me incorporé en aquel entonces, a los quince años.

En medio de estas rupturas en lo personal, creo que cuando se habla de los temas de género o sobre cuáles eran los niveles de conciencia en relación a la opresión entre los sexos, en esa etapa todas las que somos de esa generación no lo podíamos teorizar. Lo practicábamos. Por lo tanto, el valor que han tenido esas rupturas es precisamente esa práctica.

Desde ya lo principal de nuestra línea y los debates que se plantearon en relación al tema de la lucha armada estuvieron signados por lo que hasta hoy entendemos como metodología, la línea de masas. La práctica del *Cordobazo* como un gran ensayo insurreccional marcó una cuestión no en lucha, porque en el Primer Congreso del *Partido Comunista Revolucionario* hubo una gran lucha interna alrededor a si armábamos o no un brazo militar y un brazo político. Finalmente el partido definió su línea en relación al método del camino insurreccional como lucha armada –y lo mantenemos hasta el día de hoy–, partiendo del análisis precisamente de que este gigantesco ensayo del *Cordobazo* hacía al carácter de la Argentina. Hacía al carácter de clase de esta revolución necesaria que aún nos debemos, fundamentalmente por el número y la concentración del movimiento obrero. En aquellos años la alianza era entre el movimiento obrero y el estudiantado. Hoy fundamentalmente tiene que pasar por el movimiento obrero, el campesino, fundamentalmente los desocupados –que no son desclasados sino que básicamente tienen en sus raíces y en su sangre toda la historia y toda la ideología del movimiento obrero que debemos rescatar–, y un gran afluente de mujeres que se han incorporado a la lucha.

En el año '70 hicimos nuestro primer viaje a China. Y conocimos y pudimos ver *in situ* cómo era el proceso revolucionario y de la revolución cultural china que se estaba dando. En esto una aclaración: suelen llamarnos “los chinos” cuando andamos por la calle. Y nosotros aclaramos que somos maoístas. No somos chinos, porque no

fuimos soviéticos y porque pensamos que cada país debe darse su propia revolución sobre la base de, como decía Marx, el análisis concreto de situaciones concretas. Por lo tanto, cualquier situación que nos llevara al “seguidismo” corría el peligro de ser fracasada. Y esto es una enseñanza que tratamos de profundizar para –nadie tiene vacunas para esto– no caer en ese error. Pero aprendimos muchísimo de algunas caracterizaciones. En primer lugar de este análisis del social-imperialismo. En segundo lugar, a hacer un análisis de clase muy pormenorizado donde los matices, para hablar en términos maoístas, tienen una gran importancia. Y nos pudimos dar a partir del ‘72 un debate alrededor de cómo eran las contradicciones de clase y cuál era el carácter de la revolución en la Argentina.

Al mismo tiempo esto nos abrió la cabeza, de alguna manera, para hacer historia en relación a lo que había sido el primer y segundo gobierno del peronismo, en el cual la historia nos había dado como respuesta la participación del *Partido Comunista* de la Argentina en la *Unión Democrática*. Y había que ponerse a estudiar porque no había recetas. A partir de esa línea fuimos definiendo con la ayuda del maoísmo, no de los chinos sino del maoísmo, lo que es la burguesía intermediaria y la revolución de carácter nacional teniendo en cuenta que el principal enemigo en este momento es la dependencia del imperialismo y la renta terrateniente. Por lo tanto había un sector de clase, de la burguesía nacional reformista que había expresado el peronismo y que en ese momento expresaba –para mediados del ‘70, la muerte del Perón–, el gobierno de Isabel. Por eso nos dimos como táctica “otro ‘55 no pasará”. Ni amo viejo ni amo nuevo. Luchamos contra el golpe pro-ruso o pro-yanqui Y eso nos significó muchos mártires antes del golpe del ‘76, muchas de las cuales son mujeres.

En esos años, durante la dictadura de Lanusse, yo tuve mi primera hija. Esto entra un poco en contradicción con algunas cuestiones que se plantearon también ayer en relación a la maternidad como otro tema de ruptura, de quiebre, de transversalidad de las mujeres en la militancia política. Mis dos hijas nacieron, una en el ‘72, en plena dictadura de Lanusse, y otra en el ‘77, en plena dictadura videlista.

Y no llegaron de casualidad. Tengo otros abortos. Podría haberlo hecho. Sin embargo, la decisión de mi pareja y mía era tener esos hijos. Algunos pensarán “¿qué grado de aventurerismo!”; corríamos peligro; íbamos y veníamos; cambiábamos de casa. En fin, lo que les ha sucedido a la mayoría de ustedes. Pero no nos limitamos por eso la maternidad. Por otro lado, esta maternidad... Yo les aclaro esto que hablaba de la historia y las rupturas. En el año '70 yo pacté con mi familia que mi papá me firmaba para que me pudiera casar. Yo tenía dieciséis años, pero era la única forma de poder irme de mi casa sin más conflictos de los que ya tenía. Aclaro: no es que me casé para irme de mi casa, pero tuve que hacer ese pacto. Y bueno, sigo con el mismo hombre con el que me casé en la década del '70. Pero era una de las formas de pactar estas rupturas de una adolescente que quería dar vuelta todo. En ese contexto, la maternidad después en el '72 y en el '77, no fue un tema sencillo ni con mi pareja ni con mi partido en lo que es la práctica. Acá se ha hablado de situaciones de igualitarismo. Yo creo que convendría no hacer generalizaciones todavía. Creo que recién empezamos a levantar testimonios; recién empezamos a trabajar colectivamente esta etapa y a mi gusto no conviene hacer generalizaciones porque desde ya en la mayoría de los casos los compañeros teníamos relaciones igualitarias en otros temas, excepto cuando se planteaba el tema de la maternidad y las exigencias que, en este caso, mis hijas me requerían.

Por otro lado, a los veinte años ya entré a la lucha anti-golpista. Tomé responsabilidades de dirección en el partido y era minoría. Estaba en un grupo donde era la única mujer. Y esto tenía un doble aspecto: por un lado el reconocimiento a la militancia política. Podíamos decir que las mujeres accedíamos en los partidos de izquierda a lugares de decisión. Pero por otro lado, en esos lugares de decisión estaban jugando otros conflictos entre los que menciono la maternidad. Pero había otros también que nos ponían en un lugar –aun en el cargo de decisión– de subestimación. Es decir que esa lucha está. Esa lucha el partido la reconoció en su momento, la reconoce en la actualidad. La lucha existe adentro del partido. Es

reflejo de la lucha de clases que existe en la sociedad. Y por lo tanto el tema es qué tratamiento tienen esas contradicciones dentro del partido, de las fuerzas de izquierda en general, para darle una correcta resolución.

Desde el punto de vista de la continuidad –para ir terminando– de lo que fue aquella militancia y de lo que es hoy esta militancia política y en relación a la liberación de las mujeres como parte de ella, entendemos precisamente desde el marxismo que la base del sistema patriarcal y de clase en el que vivimos, están los tres grandes antagonismos de trabajo manual e intelectual, de la contradicción y el antagonismo entre el campo y la ciudad, y también entre hombres y mujeres. Y por lo tanto en nuestra militancia como comunistas revolucionarias, no hay contradicción en relación a la línea política del partido en cuanto ser comunista implica la lucha contra la explotación y todo tipo de opresión. Pero el partido no está en lucha. ¿Por qué? Bueno, las chicas se ríen, pero nosotros no vivimos adentro de campanas sandwicheras. Por lo tanto lo que está afuera, está dentro. Y el tema es qué tratamiento recorre esto. El marco fundamental de referencia que nosotros tenemos en relación a la construcción de los instrumentos para la lucha feminista, son básicamente las revoluciones que han triunfado. En el caso de la Unión Soviética, de Cuba, de China, países donde se ha restaurado el capitalismo y que como comunistas en general, como pueblo y como mujeres muy específicamente, debemos estudiar para ver cómo han sido esos procesos. Nosotros desde el partido tenemos una tesis en relación hasta dónde hemos llegado y es que precisamente esos procesos de restauración capitalista se han iniciado con la vuelta de la mujer al hogar. En el caso de la Unión Soviética, por los años veinte se hablaba de aborto, se hablaba de amor libre, se hablaba de la maternidad como función social; las mujeres habían ocupado un gran lugar; la participación inclusive en el Comité Central. Lenin aprendía mucho de Alejandra Kollontay en estos temas. Lo mismo sucedió en China; lo mismo sucedió en Cuba, donde las mujeres dirigieron con el fusil en el hombro los códigos de familia. Y esto ha vuelto para atrás. Insisto:

debemos las mujeres estudiar estos procesos porque no son utopías. Fueron realidades. Y vamos a seguir el proceso revolucionario hasta conseguirlo.

Graciela Zaldúa

Buenos Días. Mi nombre es Graciela Zaldúa y mi presencia acá es por invitación de Ana, ausente/presente. Insistí en realidad en que no represento lo que tengo que hablar y que mi nominación aquí es por una historia que Ana integra de los '70: la de las hermanas Zaldúa, de la ciudad de La Plata, combatientes de la universidad, pertenecientes en ese momento al *Partido Socialista de los Trabajadores (PST)*, un partido que tenía una larga historia en relación a *Política Obrera*, primero, que hizo "entrismo" en el peronismo para buscar una línea de izquierda en el peronismo. Luego de esta perspectiva y de la unión con el *Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP)* de Santucho se organizó como *Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)*. Y luego, como en tantas divisiones de la izquierda, se organizó el *PRT-El Combatiente* y el *PRT-La Verdad*. Por ser joven y con una difícil elección, terminé en el *PRT-La Verdad*. Luego se organizó el *PST*. Hago esta breve historia porque es parte de la fragmentación de los partidos en la Argentina.

Esta cuestión de estar aquí como parte de las mujeres de los '70 va a marcar un poco cuál es mi lugar hoy en este momento en la Universidad: soy una mujer de izquierda y feminista, sin representación partidaria. Pero soy testimonio de esa época y con una perspectiva de transformación del mundo y una mirada donde aquellas cuestiones que nos planteamos siguen pendientes más que nunca: la transformación social, la lucha contra la subordinación de género y la lucha contra la opresión de clase, las inequidades en este campo de género, de clase y de etnias, más que nunca. Pero recordar un poco esas épocas es recordarme también joven como muchas de ustedes, peleando en un contexto histórico completamente de conmoción. Por

eso ante algunas de las lecturas que hoy escuchaba me sentía como extraña porque vivíamos tocando el techo con las manos. Buscábamos y lo teníamos cercanamente en un proceso donde algunos pertenecían a organizaciones armadas y otros no, pero había un proceso de participación en la Universidad de La Plata desde los métodos contundentes de la forma de enfrentar. Era natural para nosotros hablar de molotov, cosa que ahora llama mucho la atención. Había un proceso de este tipo, éramos parte de una perspectiva en general obrero/estudiantil. Yo entré a la militancia con la huelga de YPF, que fue una huelga muy fuerte, muy combativa, con muchos hechos graves, y que dio parte también a esos procesos de alza revolucionaria desde el *Cordobazo*, pero en un contexto histórico internacional marcado por el mayo francés, la primavera de Praga y sobre todo, de la lucha contra la Guerra de Vietnam, que es un hecho central para tener en cuenta ese contexto internacional y nacional.

Éramos parte de eso, en mi caso como activista estudiantil. No tuve cargos como las compañeras de dirección, sino que fui parte de los cuadros medios estudiantiles. Siempre recuerdo cómo nos identificábamos: éramos las “trotskas”, y recuerdo algún comentario que en casa me pintaron al lado los fascistas: “Zaldúas, trotskas putas”. Entonces recuerdo la desesperación de mi madre. Por supuesto no era para borrar trotskas sino putas. Era más grave, digamos, para la época. Esto era también parte de la conmoción familiar de hijas que rompían con la tradición femenina del matrimonio y de los hijos. Practicamos parejas más libres. Decidíamos tener o no tener hijos. Y en este sentido hoy podemos decir que nuestra construcción epistémica, la de este lugar al que yo pertenecía, tenía una línea más ligada a la idea de clase obrera y a las consignas feministas. Trotsky fue el primero de los revolucionarios que planteó justamente esta cuestión “abajo la burocracia, abajo el arribismo, paso a la juventud” como idea de pensar que las aristocracias ponían un techo, burocratizaban a los sectores obreros, y “paso a la mujer trabajadora”. Esa era la bandera de una organización que se llamó *la Cuarta Internacional*, en función que las anteriores habían pactado con las clases dominantes,

el imperialismo, etc. Pero que retoma lo que la compañera dijo desde otra perspectiva, la lectura de Lenin. En 1920 ya Lenin llamaba a las obreras a participar de los *soviets*, considerando que la única posibilidad de democratizar la sociedad era que las mujeres participaran de los Consejos Obreros. Y justamente esto es recordado como ese llamado a que el único lugar y gobierno de los *soviets* donde se abolió la opresión de las mujeres, había sido ese estado que todos conocemos cuál fue su trayectoria.

Pero la idea de conversar sobre estas cuestiones era retomar el eje puesto en que las mujeres habían estado siempre en un estado de inferioridad, que ese Estado había privilegiado a las mujeres y sus relaciones y muy tardíamente esta cuestión de retomar de qué manera, en lo concreto, fuera de los países que estaban en búsqueda de esa cuestión revolucionaria, siempre fue parte de esta historia de nuestra organización.

El otro elemento que también fue parte de este proceso fue el llamado de las “Sinvergüenzas” francesas de 1971, de “yo aborté”. La declaración de estas mujeres “Sinvergüenzas” para nosotros era parte también de esa diferencia de izquierda que manejábamos como una reivindicación de estas mujeres –conocidas muchas de ellas– que ponían con sus palabras, con su enunciación, con su nombre propio, lo que los demás querían callar, que era la muerte por abortos clandestinos. Este “yo aborté” era parte de esa combinación de análisis marxista más general con algunos elementos de esta lucha feminista.

El PST fue el único partido que llevaba en sus listas –claro que era minoritario, de vanguardia, y que no subvertía al conjunto de los partidos burgueses–, a una mujer. Y creo que era porque era obrera, además. Era el caso de Nora Sciaponi como candidata junto con Juan Carlos Coral, y también a otra obrera o proletarizada que era Adela Meyer, como candidata a gobernadora por la provincia de Buenos Aires. Era parte de este entramado, de esta doble perspectiva.

Pero anterior fue también una visita para nosotros muy sorprendente y tenía que ver con esta cuestión. Era la visita de Linda

Genés, candidata a presidenta por el *Partido Socialista de los Trabajadores* de Estados Unidos. Esto produjo un fenómeno en Buenos Aires primero por los nombres de quienes fueron parte del comité de recepción de esta visita. Entre los muy conocidos de esa época que todavía se sostienen, como Pavlovsky, Rinaldi, María Vaner, también apareció Jorge Asís. Esto es para ver también el trompo, las vueltas que da la vida. Estos eran los '70. Las transformaciones ideológicas..., esta perspectiva, esta recepción era sorprendente para una sociedad que por una parte se planteaba cuestiones revolucionarias, pero que era absolutamente conservadora y pacata en cuestiones del aborto, en cuestiones de la liberación de la mujer, en cuestiones de la familia.

Las consignas que sostenía Linda Genés para su perspectiva eran “abajo la esclavitud doméstica”, planteando la exigencia de guarderías gratuitas –que nosotros seguimos aquí planteando, y en nuestros trabajos con las compañeras obreras era una de las condiciones básicas de época–; “por la independencia económica”, con el sentido de que las mujeres necesitaban fondos para desarrollar métodos del control de la natalidad, y esto fue algo importante que luego se estableció también por ley en Estados Unidos; “contra la educación para la sumisión”, exigiendo que las mujeres tengan institutos de educación superior en función de lo que era la igualdad de oportunidades. Esto era una consigna política que luego se concretó. También estuvo “fuera las tropas de Vietnam”, porque lo más central era la lucha revolucionaria contra la guerra; y las mujeres de las naciones oprimidas, por el elemento central de la negritud donde una de sus consignas –si bien pertenecía a otra organización– era: “no organizaremos a los negros para ser demócratas o republicanos, porque ambos nos han engañado. Una gallina no puede poner huevos de pato. El sistema imperante en este país no puede producir la libertad para los afroamericanos”. Era la consigna de Malcolm X que tomaba Linda Genés y su partido, en estas cuestiones centrales. Esto fue un poco lo que impactó bastante en nuestra vida juvenil y en la lucha en la universidad.

En el caso de Nora Sciapponi y de Adela Mayer, sus consignas también eran... Traje material para mostrar cómo ellas hablaban en esa época. Si bien los discursos de ese tipo eran bastante minoritarios, eran épocas muy difíciles. En el caso de Nora ella ponía en el tapete esos mismos temas. Y era sorprendente para la época, leído ahora. Uno era sobre las cuestiones del número de trabajadoras, con datos muy precisos, más bien empíricos, de oficinistas u empleadas de otro tipo, que no tenían acceso a otras actividades en función del cuidado de los niños. Y esto era apelar a la posibilidad de compartir. La cuestión del salario también. Las dos cosas que hoy podríamos decir que era la segregación vertical y horizontal, que estaba puesto con el lenguaje de época y la consigna necesaria para plantearlo. Guarderías, tiempo, salarios, eran cuestiones centrales, aunque no ponían algo que también era central y era lo interno de las organizaciones, porque éstas eran más bien consignas hacia la sociedad de conjunto.

Yo creo que si bien había representantes para estos lugares de lo político, también comparto con lo que se dijo acá de que había contradicciones muy difíciles de superar y muchas mujeres de época decidieron por la no maternidad. Quiero decir que la mayoría de las mujeres que tuvieron este lugar, decidieron no tener hijos. En mi caso, que se da una situación diferente, no por el hacia fuera sino porque las relaciones eran internas y endogámicas: había un problema de seguridad, había un problema de pertenencia. Eran momentos muy complejos. Casi todas las parejas eran parejas que tenían pertenencias políticas y esto hacía a muchos otros aspectos además del de la seguridad. Y en este sentido yo no viví en la dictadura sino que me exilié en el año '75 a partir de algo muy doloroso que es recordado como la masacre de La Plata. Mi hermana más chica, Adriana Zaldúa, fue asesinada por la Triple A en uno de los actos más dramáticos. La ciudad de La Plata fue uno de los escenarios del fascismo antes de la dictadura. Un compañero de mi facultad, la de Humanidades, era Ricardo Coni, de la carrera de Historia –yo soy de psicología–. Esta ciudad fue la antesala de lo que vino, una especie de laboratorio de lo que sucedió a partir de marzo de 1976.

Mi hermana era muy pequeña, 21 años, estudiante de arquitectura, colaboraba como todo miembro del partido en las cuestiones obrero-estudiantiles ya que nuestra consigna era “por un gobierno obrero y popular; la unidad obrero-estudiantil”. Y esta muerte muy dramática produjo no sólo la diáspora de muchos sino en mi caso particular, por amenazas a mi compañero y a toda la familia, el exilio. Nos fuimos a vivir a Venezuela, un país al que amo profundamente y que espero que siga un proceso cada vez más profundo de transformación. Me fui con un hijo chiquito de un año y ahí nació mi hija. Y ahí me puse en contacto desde otra perspectiva, en otro momento también, con uno de mis aspectos que era la cuestión de género. Y ahí se fundó la primera cátedra libre de la mujer, “Manuelita Saenz” –la libertadora–, y bueno, fui parte de todas esas cuestiones donde continué hasta ahora ligada al trabajo de investigación y de intervención con las mujeres y con los sectores populares.

Mi vuelta me encuentra luego no en La Plata sino en Buenos Aires y éstos son los temas que me siguen preocupando. Tal vez desde otro lugar, pero tratando de transferir a las jóvenes generaciones como docente la idea de que quedan muchas tareas por hacer de transformación, que la igualdad y la diferencia son parte también de los objetivos de transformación y que el compromiso político y social es parte de la tarea académica. Nunca dejé esto de plantearlo. Por supuesto que tengo mis consecuencias –como siempre–, pero el posmodernismo no me atrapó en esto y creo que esto es un poco lo que les puedo transmitir muy desprolijamente de lo que hice y lo que soy. Gracias.

Mabel Grimberg

Bueno, la ventaja de hablar última es que muchas de las cosas ya están dichas. Quiero agradecer a las compañeras haberme invitado. Lamento que Ana González no esté aquí porque podríamos discutir quizá más profundamente algunas cuestiones.

Como recién se dijo, para nuestra generación y para la mayoría de nosotras los '70 no empezaron en los '70. Creo que las tres compañeras han dado elementos importantes del contexto político, económico, normativo, valorativo de la época. Yo me voy a centrar en algo que me preocupó mucho y que hace a mi historia como militante y que es el eje en la construcción de dominios separados en la vida. Es decir, el problema de los dualismos entre lo político, el trabajo, las relaciones de pareja, la maternidad, etc., y en las opciones de lo que tiene que ver con los compromisos subjetivos.

Yo soy antropóloga. Soy una antropóloga que si bien me recibí en el año '70 recién empecé a ser antropóloga a partir del '83. Hubo ciertas opciones por las cuales la antropología quedaba como ..., nunca dejé de leer antropología. Pero la antropología era tan importante como leer a Gramsci. Y pertenecí a distintos grupos.

Mi tradición como parte de los sectores de clase media a partir de mediados de los '60... hicimos un proceso desde la izquierda del peronismo, un peronismo que considerábamos de izquierda, obviamente. Hay una cuestión que es interesante en esta tensión que me interesa marcar: la confluencia en este proceso de orientaciones, perspectivas y tradiciones muy diferentes y, en esta confluencia, cómo se tensan estos dualismos, estos compromisos excluyentes. En mi caso particular, provengo de una tradición cultural que osciló entre el comunalismo judío –soy de las colonias entrerrianas, con familias que fundaron centros comunales y cooperativas–, el socialismo y parientes más inmediatos, tío y padre comunista. Pero además se entroncaba esto con bisabuela poeta, abuelos que habían estado en el levantamiento de Odessa en el '05. O sea una tradición que unía la búsqueda por la cultura y el arte, y en la que se pensaba que la sensibilidad artística era al mismo tiempo una sensibilidad social y política. Y con familias que integraban de alguna manera esto de, pensando en lo que dijo Susana, la casa en los barrios: con casas abiertas donde había reuniones permanentemente y la vida cotidiana pasaba por expresiones artísticas, intelectuales y obviamente políticas. Esto hace que a partir del año '63 yo inicie una militancia en una agrupación estudiantil de

izquierda. Ahora parte de estos valores eran también –estoy hablando del año '63, '64– una revisión familiar. Mi tío fue expulsado del PC por ser maoísta y otros parientes míos habían ido progresivamente haciendo entrismo y participando en el año '58 y '59, pero con su proceso de identificación hacia lo que era la revolución cubana, haciendo entrismo con ciertos grupos del peronismo. Entonces esta tensión, si bien yo estuve desde el año '63, '64, en el '65 entro en la universidad, continuó en un grupo de izquierda –entre comillas– no tradicional, entro en una búsqueda como parte de este grupo sobre dos ejes. Uno, el fracaso de las políticas de la izquierda tradicional, incluidos los partidos trotskistas. Yo también hice una vuelta importante con algunos grupos trotskistas y tenía mucha devoción en mi lectura de Trotsky –que por supuesto sigo teniendo–. Este grupo comenzó a dar una serie de vueltitas buscando por un lado un proceso político que no terminara en los frentes populares, que no terminara en la búsqueda de cargos políticos y que no terminara en las construcciones burocráticas, autoritarias. Y por otro lado en una búsqueda sobre dónde es que está la clase obrera. Y estaba en el peronismo.

A partir del año '66, final del '66, este grupo comienza a unificarse con un grupo –se van a reír– cristiano. Militando en un frigorífico con dos monjas estaba yo. Nosotros entramos en este primer eje en una gran confluencia de tradiciones entre finales de 1966 y mayo de 1968, cuando se forma la CGT de los Argentinos, donde la tensión justamente pasaba por estas visiones distintas de la vida cotidiana. Imagínense una judía que era absolutamente atea, que por supuesto que venía de la izquierda, que estaba con el amor libre total, que el tema de la política era crear una moral revolucionaria y cuestionar absolutamente todo, que la liberación sexual estaba en los libros que leíamos y en las experiencias muy interesantes. Imagínense con grupos que venían del trotskismo que tenían gran trabajo en la clase obrera, con estos grupos cristianos que venían trabajando en villas, con grupos marxistas independientes, pero sobre todo con un grupo de zona sur que venía sistemáticamente de ser lo que fue la resistencia peronista.

Este grupo confluye en la creación de la CGT de los Argentinos y en lo que fue el bloque de zona sur. Era un grupo que, sin embargo, tenía gente que venía de la JP, relacionados a Rearte y de la ARP de Cooke. Va confluyendo. Algunos de ellos no llegan a Bolivia e intentan armar un grupo de lucha armada campesina en el año '69. Una parte cae en Taco-Ralo. Y ahí viene una discusión profunda entre si campesinos o urbano. Pero mientras parte de este grupo hace esta experiencia, la mayor parte estábamos en prácticas de trabajo con clase obrera. Pensándolo bien esto tenía que ver por un lado con llevar adelante ejes reivindicativos, la lucha por el salario, por mejores condiciones de vida, la lucha anti-burocrática, con una política de captación de cuadros que en ese momento implicaba a veces que los mejores activistas pasaran a cumplir funciones políticas –no militares, sino políticas– y dejaran, secundarizaran la práctica sindical. Yo creo que la experiencia de la CGT de los Argentinos es algo que habría que trabajarla, pero hay algo que quiero marcar porque ahí aparecemos como un proto *Peronismo de las Bases* (PB). El PB en Buenos Aires aparece como sello, tardíamente. Aparece antes en Tucumán, en Córdoba y en Rosario. Nosotros tardamos más en crear el PB, pero hay una cuestión interesante y que es, por un lado, la incorporación activa de mujeres que durante todo el proceso de la resistencia peronista habían bancado dos tipos de cuestiones. Una primera tenía que ver con lo que se llamaba en ese momento –y que tendríamos que cuestionar–, una práctica social. Es decir, esto de la escisión entre lo social y lo político, entre lo gremial y lo político. Una práctica social que implicaba la creación de salas de salud, de guarderías y de asociaciones barriales. Y por otro lado, eran asociaciones de mujeres que bancaban la tensión, que respondían frente a represión: estaban los trabajos de solidaridad con las familias de los que estaban presos o, luego, con la reinserción de los presos. Uno puede pensar todo ese proceso en dos tipos de actividades, fundamentalmente planteadas para la mujer.

Este tipo de actividades la tiene la CGT de los Argentinos que crea una comisión de trabajo con los presos y familiares de los presos muy

importante, y crea a su vez una serie de instancias para que las mujeres militantes trabajen con las mujeres. Es decir que nuestro trabajo y nuestro aporte más importante era entrar donde los hombres no entraban. Esto es un punto importante porque de hecho y en lo fundamental porque el tipo de frente en el que uno estaba no tenía el mismo valor que, por ejemplo, entrar en metalúrgico, los frigoríficos. El trabajo con las telefonistas, por ejemplo. En ese momento yo trabajé con las telefonistas haciendo además, viendo qué pasaba con la salud, viendo qué pasaba con los hijos, viendo qué pasaba con los maridos en los momentos de lucha reivindicativa.

Ahora: creo que si uno mira la historia, hay un proceso sistemático de movilización. A partir del '68, sobre todo, comienza un proceso de movilización y comienza una tensión que es que al mismo tiempo que aglutina, al mismo tiempo fragmenta, porque se pone en cuestión, en acto, y ya en medio de un marco de movilización popular cada vez más ..., con la presencia de la gente en la calle, con huelgas importantes, con acciones de solidaridad popular, se pone en acto una serie de líneas que en ese momento se discuten. Si la estrategia del foco, si la estrategia insurreccional, si la estrategia de guerra popular y prolongada. Creo que hay que pensar que había estrategias y modalidades de práctica muy diferentes –por supuesto todas contradictorias– y que parte de esos procesos se van a expresar en las contradicciones posteriores.

Yo en el año '72... esto continúa posteriormente fuera de la CGT de los Argentinos porque luego perdí mi relación con el sindicato gráfico porque a partir del año '70 yo dejo zona sur, porque había necesidad, y me voy a zona norte, específicamente un lugar que en ese momento tenía toda una tradición de la resistencia peronista, la zona de Victoria –Virreyes, con ferrocarriles–. Pero lamentablemente en el año '72 cae mi compañero. Yo quedo prófuga, entonces... Sí es importante entender esto: lo que uno podría pensar como estas tensiones entre estos ámbitos que se articulaban, estas experiencias distintas que se articulaban y se separaban, en la vida clandestina se agudizan.

En la medida en que la mayor parte de las organizaciones fueron efectuando sus respuestas militares en un contexto de represión, la mayor parte de los compañeros, incluso compañeros que venían de la actividad política, pasaron a tener dos opciones: o la salida de la organización y el exilio (esto sería del '72 al '73 y luego fines del '74 en adelante), o el mantenerse pero fuera de los lugares donde estaban. Pasar a otras provincias, a otras ciudades. Esto agudiza esta escisión y empieza a absolutizarse una concepción de la vida en términos de una política defensiva, de protección, y a su vez de una imposibilidad –por el problema de la seguridad–, de hacer un trabajo político de mayor interacción con la gente.

En mi organización, las discusiones sobre el papel de varones y mujeres eran sistemáticas. Nosotros no generamos agrupaciones que tenían que ver con la mujer. Sí creamos frentes dentro de lo que era un frente gremial o político. Yo creo que lo más duro de pensar era que teníamos mujeres en la dirección de todos los frentes, incluso dentro de lo que era la dirección político militar. Nosotros no teníamos a partir del año '72, cuando se larga la consigna de la hegemonía de la clase obrera y del pueblo peronista, nosotros no teníamos una organización estrictamente militar. Teníamos una organización política que genera ciertas actividades en apoyo a la política que se va desarrollando, que es una política de frentes y sobre todo de frente fabril. Pero dentro de las direcciones, que había bastantes mujeres, los roles eran sobre todo de administración, administrativos de fondos, de programar el trabajo y controlarlo. En otros ámbitos estuvimos mujeres. En el caso mío, yo estuve en el ámbito de documentación, o sea de hacer los documentos, para lo cual sí me sirvió mi trabajo antropológico. Nosotros hicimos un gran documento con esta idea de la hegemonía de la clase obrera no sólo leyendo a Gramsci sino haciendo entrevistas en profundidad a una serie de compañeros que habían participado de la resistencia. Muchas gracias.

Notas

¹ Ana González es antropóloga de la UBA. Ella, quien también tuvo una importante actividad política durante la década del '70, fue la organizadora de este panel. Si bien el día en que el mismo se llevó a cabo Ana no pudo asistir, no podemos dejar de mencionar y agradecer la dedicación con la que se abocó a esta tarea.

² Hace alusión a uno de los temas que se debatió en una de las mesas de esas mañanas.

